

SE ha dicho, con verdad, que el primer puerto español viniendo desde América son las islas Canarias; y al revés, que el primer puerto americano yendo desde la Península Ibérica también lo son las islas. Esta es una realidad geográfica e histórica que hacía decir a Eugenio d'Ors que quien quisiera tener una buena preparación para entender Iberoamérica debería pasarse una temporada en Canarias.

Por ello me parece un gran acierto que el Primer Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española se inaugure en Las Palmas (1), recién cumplidos los quinientos

años de su fundación por los castellanos. Allí todos los escritores iberoamericanos y españoles se sentirán como en su propia casa, en un lugar de confluencia de afectos comunes y de templos existenciales tan similares. La dimensión americana de Canarias no sólo es un hecho incuestionable; pienso que es un hecho fundacional y fundamental. En un manifiesto independentista, Bolívar llegó a decir: "Peninsulares y canarios" al referirse a los españoles todos. Sangre isleña corría por las venas de Miranda y Martí.

Por eso la celebración en Las Palmas de este Congreso de escritores de lengua española lleva implícita una sugerente propuesta: Canarias, lugar de encuentro —plaza mayor— de las Españas de aquí y de allá. Sería muy triste para el archipiélago que perdiera esta oportunidad de insertarse dignamente, a la altura que nuestro tiempo demanda, en esta corriente de mutua colaboración en la piñata de naciones y culturas de habla española.

Además, las islas, por su proximidad a África, pueden y deben convertirse en centro de irradiación de hispanismo hacia el vecino continente, donde la presencia de la lengua española es bien exigua por la torpeza de más de un siglo de nuestros políticos. Ahí está el caso de los saharauis —enfrente mismo de las islas y dramático exponente de una de las mayores torpezas de la política exterior española—, que van perdiendo la lengua española como vínculo de comunicación con Occidente, en beneficio del francés.

(1) Las tareas del Congreso se desarrollarán en Canarias a partir del día 3 de junio y se cerrarán en Madrid el día 10.

Aquí está Dakar, donde existe un afamado centro para el estudio de la lengua y la literatura españolas. En Argel mismo —donde he estado recientemente— hay un interés vivísimo por la lengua española en la juventud, que hace que todos los esfuerzos por calmar esa sed de hispanismo sean patéticamente insuficientes. Y ya que hablamos de Argelia, reciente está un breve informe sobre Es-

CONGRESO EN CANARIAS

PEDRO FERNAUD

paña aparecido, con ocasión de la visita de Sudrez, en el órgano del FLN "El Moujadi" (2), en el que se dice textualmente: "Quoi qu'il en soit il convient de souligner qu'une Espagne démocratique, débarrassée complètement de son passé colonial, est un facteur d'équilibre et un trait d'union entre le Maghreb, l'Europe et l'Amérique latine".

"La extraña multinacional de la lengua española" es el título de una de las ponencias que se van a presentar al Congreso y que leerá el argentino Abel Posse. Su título parece lleno de significaciones universalistas. Recuerda la gran pretensión de Salinas que aspiraba, en su trabajo de crítica, a hacer patentes los valores humanos de la literatura española por afán de integración universal: las grandes obras hispánicas podían así contribuir al nacimiento de una auténtica comunidad humana del espíritu.

Este I Congreso de Escritores de Lengua Española está patrocinado y financiado por diversos organismos estatales e insulares —Centro Iberoamericano de Cooperación, Ministerio de Cultura, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas—. No oculto que a mí particularmente no me entusiasman las actuaciones oficiales en el campo de la cultura. Pienso que la cultura es libertad y que lo oficial tiende a mineralizar, a petrificar, muy a menudo a instrumentalizar, el hecho vivo de la auténtica creación cultural. Pero igualmente cierto es que demasiadas veces la iniciativa individual no es capaz de llevar adelante grandes proyectos como el que ahora nos ocupa.

(2) "L'occasion d'amorcer une ère nouvelle" (30-IV-79).

No comprendo, pues, los reparos de algún distinguido escritor español —Jesús Fernández Santos—, que en unas recientes declaraciones al diario tinerfeño "El Día", decía: "No veo muy claramente qué beneficio puede reportar a la cultura canaria el hecho de que unos cuantos escritores de obra y mérito reconocidos se reúnan allí (en Canarias) durante cierto tiempo". Este distinguido

escritor español no sabe lo que esto supone para los canarios, porque usufructúa una fabulosa ignorancia sobre la realidad canaria; aunque sienta un tierno recuerdo hacia las islas, porque —dice en otro pasaje

de sus declaraciones— "para una persona que no había salido nunca de Castilla, conocer aquello, el mundo de las islas, fue extraordinario". Quizá desde la atalaya del café Gijón pueden resultar incomprensibles los beneficios que para la cultura canaria pueden derivarse de que muchos escritores de las islas —hay una veintena de ellos invitados oficialmente de un total de unos ciento veinte— puedan convivir, charlar, discutir, concordar y discrepar con los grandes creadores de las literaturas en lengua española (Borges, Cela, Sábato, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, García Márquez, entre otros), hasta ahora sólo accesibles a través de los clásicos circuitos editoriales de Madrid y Barcelona. Este Congreso puede ser un verdadero balón de oxígeno para la contaminada atmósfera canaria —que han contaminado tantos contaminadores interesados— y puede representar un hito cultural tan importante como lo fue en los años treinta la exposición surrealista en Tenerife. París era entonces el centro focal de la aventura cultural humana. Pero hoy, como muy bien ha señalado Juan Marichal, la cultura de la América hispana alcanza una verdadera proyección universal y ha entrado en una fase de exportación de ideas-matrices. Las islas Canarias van a ser el escenario de un debate, que espero en la libertad y en la verdad, para salir del laberinto que genialmente ha descrito Octavia Paz y que estamos confundidos todos en esta hora de la Historia, que no sabemos todavía si es crepuscular o auroral. Quizá estemos viviendo, sin saberlo, las dos experiencias juntas. ■